

BIBLIOTECA DEL "PAPEL PERIODICO ILUSTRADO."

BIOGRAFÍA

DEL GENERAL

JOSÉ MARÍA ORTEGA

POR

RAFAEL MARÍA CARRASQUILLA
Presbítero.

Y

CARTA DE D. PEDRO FERNANDEZ MADRID.

BOGOTÁ—1886.

IMPRESA DE SILVESTRE Y COMPAÑÍA.

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS ANGEL ARANGO
CATALOGACION

BIOGRAFÍA

DEL

GENERAL JOSÉ MARÍA ORTEGA.

EXTRAÑO parecerá á muchos que, para escribir el rasgo biográfico de un General, se haya escogido á un sacerdote; y más raro quizá, que este último haya aceptado con la mejor voluntad el encargo. ¿Qué hay de común entre el pacífico ministerio de la Iglesia y los sangrientos azares de la guerra? ¿Ni cómo ha de entusiasmarse con las heroicas hazañas quien vive, por educación y por carácter, tan lejos del bullicio mundano? Sin entrar, como pudiéramos, á señalar las analogías entre la carrera militar y la eclesiástica, sin hacer mérito de que el retrainimiento del mundo no impide al hombre estimar los grandes hechos realizados por los que siguen caminos distintos del suyo; diremos solamente que si el personaje cuya historia va á trazarse fué, al par que soldado valeroso y hombre público distinguido, un modelo de virtudes cristianas; y si esas mismas virtudes, transmitidas por el ilustre General á sus hijos, son el germen de las creencias y costumbres á cuyo calor se desarrolló la vocación del sacerdote, (*) entonces debe cesar toda extrañeza, y lo que antes pareció inconveniencia, mirarse como acto de rigurosa justicia.

(*) El autor de este artículo es nieto del General ORTEGA.

Nació el General D. JOSÉ MARÍA ORTEGA y NARIÑO en Santafé de Bogotá, el 19 de Febrero de 1796; y fué hijo de D. José Ortega y Mesa y D^a Benita Nariño y Alvarez, hermana del ilustre fundador de nuestra Independencia. Distinguíanse las familias de entonces por la hidalguía, culta franqueza y levantado carácter de la raza española, felizmente mezclados con cierta blandura de modales y sencillez de costumbres, aun en medio de la opulencia y el lujo; dotes que todavía realzan y dan lustre á no pocos de los hogares bogotanos.

D. José Ortega, empleado subalterno en el régimen colonial, y, como es consiguiente, pobre, no dió á sus hijos otra educación que las cristianas enseñanzas y ejemplos del hogar, y lo poquísimo que se aprendía en las escuelas primarias de entonces. Llegó, pues, D. JOSÉ MARÍA á los trece años de su edad sin saber otra cosa que la Doctrina Cristiana, leer, escribir y algo de contar; pero tenía en cambio el cúmulo de conocimientos, mucho más numeroso que el adquirido en los libros, que acaudala un niño en el diario roce con personas bien educadas; y aquel trato social que no dan por completo ni la lectura, ni los colegios, ni los viajes, á quien no tuvo la fortuna de mamarlo con la leche.

En éstas estalló la revolución de 1810. Ya pasó, gracias á Dios, lo de calumniar y llenar de baldones á España, siempre que se trataba de justificar la Independencia; y hoy sabemos defender y dar gloria á nuestros padres, sin necesidad de insultar á nuestros abuelos. Sin ponernos, hoy por hoy, á disertar sobre las causas y motivos del movimiento principiado el 20 de Julio, diremos que, de los patriotas que lo encabezaron, unos

iban movidos por ideas revolucionarias aprendidas en libros franceses y españoles; y otros, y á éstos pertenecía D. José Ortega, con el fin de sacudir el dominio de los últimos gobernantes peninsulares y obtener para los americanos más amplia participación en la cosa pública. La madre Patria, durante el odioso reinado de Fernando VII, no volvió á enviarnos Solises y Ezpeletas, sino un Virrey terco é imbécil como D. Antonio Amar y Borbón, y oidores como Alba y Frías, de carácter estrecho, duros é inflexibles. Lo inofensivo de las ideas políticas de D. José Ortega, y la fama immaculada de que universalmente gozaba, se patentizan en el hecho de que habiendo firmado el acta del 20 de Julio, y teniendo tres hijos suyos en los ejércitos independientes, se quedó en Bogotá tranquilo, sin que D. Pablo Morillo, que encausó á hombres como D. Manuel Benito de Castro, lo incomodara en lo más mínimo.

El 20 de Julio, el futuro General ORTEGA, oyó con la afanosa curiosidad de niño de trece años, las conversaciones de su padre con los demás próceres de aquel día; y, saliéndose de casa sin solicitar el acostumbrado permiso materno, corrió á la plaza mayor, donde ya estaba hirviendo la multitud, y se llevó consigo, oculto, bajo la chaquetilla, uno de los cuchillos de la mesa. Solicitó que le señalasen su puesto, y como nadie reparase en él, fué á ponerse de centinela en la esquina de Santa Clara. A poco apareció por aquel lado un escuadrón de caballería, que de pronto reputaron enemigo, y que agitó á la muchedumbre reunida en la plaza. ORTEGA permaneció de firme en el sitio que se había señalado, y, cuando llegaron los primeros jinetes, echó mano á la brida de un caballo, y dió con voz firme el *Alto!* *¿Quién vive?*

Signióse una de aquellas escenas, entre sublimes y

cómicas, que tanto se vieron en aquellos primeros meses de la Patria; porque el caballero contestó al grito del centinela:

—El Cura de Bosa, que viene con los vecinos de su parroquia á unirse al pueblo de Santafé.

—¡Viva el Cura de Bosa! replicó la voz infautil del centinela; que dejando entouces su sitio, marchó con los jinetes á la plaza.

El primer ensayo le había salido á pedir de boca; y desde entonces ya no pensó sino en sentar plaza de cadete. Obtuvo que le dispensasen la edad y lo alistasen en el batallón *Auxiliar*, que mandaba D. José Moledo, y donde encontró á otros muchos jovencitos de las familias principales; entre ellos á D. Lino de Pombo y á D. Joaquín París, después estadista eminente el primero, y General benemérito el segundo.

El nuevo cadete no era de los que sólo buscan en la carrera militar plumas y galones; y apenas supo que saldría en breve una columna, al mando de D. Antonio Morales, contra los realistas de Santa-Marta, solicitó que lo incorporasen en ella; y partió para su primera campaña el 15 de Octubre de 1811. De Ocaña envió Morales una parte de su tropa, á órdenes del Teniente Hermógenes Maza, á batir, en el pueblo de Simaña, al oficial español Salcedo. Después de pasar la noche entre una ciénaga, al amanecer del 30 de Noviembre rompieron los fuegos contra el enemigo; pero al mismo principiar la acción, el incendio de un cajón de pertrecho puso fuera de combate al Teniente Maza, y la refriega continuó dirigida por los cadetes ORTEGA y Salgar, quienes, no obstante lo inferior en número de su gente, derrotaron por completo al español, y le tomaron todos sus elementos de guerra. Redactaron después el parte de la victoria, y se lo hicieron firmar al sargento Florido,

que puso una cruz en lugar de nombre, porque no sabía escribir. Aquel triunfo valió á ORTEGA el grado de Teniente y las más calurosas felicitaciones de sus Jefes.

Por aquel entonces la inexperiencia de las cosas había hecho que la mayor parte de las provincias de la Nueva Granada, con la novelería infantil de tener sus gobiernos propios, y sin echar de ver que lo importante en esos momentos era mantenerse estrechamente unidas contra el español, proclamasen la federación y reuniesen en la ciudad de Tunja su Congreso. Nariño, con el talento superior y el conocimiento del mundo que lo distinguían, previó lo que no tardó en acontecer: que el Rey enviaría tropas á la reconquista, y que los patriotas, jugando al Congreso, no estarían apercebidos para resistir; y se opuso formalmente á la federación. De allí surgió aquella primera y malhadada guerra civil, favorable primero á los provincianos en el combate de Ventaquemada, y concluida con el triunfo completo obtenido por Nariño en los ejidos de Santafé, el 9 de Enero de 1813. Dicho se está que ORTEGA perteneció á las tropas del Dictador de Cundinamarca; pero lo que debemos añadir es que al encontrarse el General Leiva con Nariño en el pueblo de Nemocón, dijo el primero:—“Si en el combate de Ventaquemada todos los Oficiales se hubieran conducido como *los dos José Marías*, en vez del desastre sufrido, habríamos acampado vencedores al día siguiente en Tunja.” Con estas palabras aludía el Jefe á ORTEGA, y á su inseparable amigo y compañero D. José María Ricaurte. El 9 de Enero, los dos, á la cabeza de un grupo de valientes, tomaron á viva fuerza los diez cañones que tenía el enemigo; hazaña que valió á nuestro héroe los parabienes de Nariño, tributados públicamente, al conferirle, después de un banquete oficial en palacio, el grado de Capitán y un escudo de honor, en recuerdo del triunfo tan gloriosamente conseguido.

Mas todo aquello no era sino el prelude de la carrera : el teatro de ORTEGA era Venezuela ; habia de hacer su papel en las trágicas escenas de la guerra á muerte, y á las órdenes inmediatas del Libertador. El 5 de Abril de 1813, después de obtenido el permiso y la bendición de sus padres, marchó en la columna que Nariño enviaba al auxilio de Bolívar, mandada por el General José Félix Rivas, y compuesta de 150 hombres. Entre ellos iban Antonio Ricaurte, Atanasio Girardot, Luciano D'Elhuyart, Joaquín París, Francisco de Paula Vélez. De todos los granadinos que partieron, sólo siete quedaron vivos después de la campaña, y todos siete fueron Generales de Colombia la Grande.

Rivas se juntó al General Bolívar, y reunieron un ejército de 800 hombres, con el cual intentaban libertar á Venezuela, ocupada por más de 6,000 soldados españoles mandados por excelentes Jefes. “ Con ese puñado de hombres, dice César Cantú, propagó Bolívar la revolución, en los momentos mismos en que Bonaparte, apoyado en quinientos mil veteranos, la dejaba perecer en Europa.”

Al pisar el territorio venezolano, y mientras Bolívar, con una parte de su tropa, marcha sobre Caracas, Rivas se dirige al encuentro del Coronel español Marti, á quien halla situado en formidables posiciones y al frente de una División entera, en el sitio de Niquitao. A las nueve de la mañana del 1º de Julio se empeña el combate, sin que al cabo de una hora los independientes hayan adelantado un paso ; Rivas ordena entonces á ORTEGA, que manda el ala derecha, que cargue á la bayoneta al enemigo. La orden se cumple con denuedo ; y la victoria que se consigue, es calificada por Bolívar como “ el más importante de los triunfos obtenidos.” “ Aquel combate, dice Baralt, decidió la campaña.”

De Niquitao signió la División vencedora, por orden de Bolívar, á encontrar á D. Francisco Oberto, Jefe español de fama, y dueño de una fuerza tres veces superior á la de Rivas. Allí, en los Horcones, tocó á ORTEGA mandar la vanguardia, y por consiguiente la mejor parte de los peligros del combate y de la gloria del triunfo. Tan completa fué la derrota del español, que Oberto y quince hombres más fueron los únicos que no cayeron en poder de los patriotas.

Recibió entonces Rivas orden del Libertador de marchar hacia Valencia, á fin de reunir todas las fuerzas y dar contra Monteverde una batalla decisiva. Obedeció sin vacilar, y después de siete días de marchas forzadas é incesantes, llegó al amanecer del 30 de Julio al campo de los Taguanes, en el momento preciso en que la División al mando de Bolívar rompió los fuegos sobre el enemigo. El combate fué terrible, mortal; el triunfo completo; y el 7 de Agosto, Bolívar entró triunfante en Caracas, en medio del entusiasmo frenético de un pueblo libre, después de tantos meses, de la dominación feroz de Monteverde.

A fines del mismo Agosto estaba ORTEGA de segundo Jefe de la tropa sitiadora de Puerto-Cabello, mandada por D'Elhuyart; y, á mediados de Septiembre, vista la inutilidad del sitio, marchó con su División para Valencia. Monteverde, que se vió libre del asedio, y recibió del Coronel Salomón refuerzos considerables, fué con su ejército de 1,600 hombres á colocarse en las Trincheras, y mandó á su segundo con 600 soldados á que ocupase las alturas de Bárbula. El Libertador envió contra estos últimos una parte de su fuerza á órdenes del Coronel Atanasio Girardot. Los soldados independientes trepan con el fusil al brazo y bajo los fuegos españoles, por las quebras del cerro; el Jefe toma en las manos la bande-

ra y sube adelante de todos ; síguelo la tropa ; llegan á los parapetos enemigos ; arrollan cuanto se les opone al paso ; Girardot clava en lo alto de la trinchera enemiga la bandera granadina, y cae muerto al pie de ella, herido de un balazo en la frente.

Dos días después de Bárbula, la División granadina, acompañada de algunos cuerpos venezolanos escogidos, marchó, á las órdenes inmediatas del Coronel D'Elhuyart, á buscar á Monteverde en sus excelentes posiciones de las Trincheras. Aquel ataque fué el resultado de una petición que los compatriotas de Girardot hicieron á Bolívar, de que les permitiera vengar á su compañero muerto, derrotando el ejército de Monteverde. “ La batalla fué corta, dice Quijano Otero, y horriblemente sangrienta ; las trincheras fueron tomadas á la bayoneta . . . y Monteverde huyó, marcado en la cara con un balazo, pudiendo salvar 300 hombres, con los cuales volvió á sus castillos de Puerto-Cabello, de donde quince días antes había salido con 1,600, prometiéndose reconquistar á Venezuela.”

La conducta de ORTEGA en aquellas cinco primeras batallas, donde mandó siempre la vanguardia, le valió el ascenso á Teniente-Coronel, que Bolívar le concedió después de las Trincheras, y antes de enviarlo de nuevo como segundo Jefe del sitio de Puerto-Cabello. El 22 de Octubre lo llamó á Valencia para condecorarlo con la estrella de los Libertadores de Venezuela, orden militar que acababa de fundarse. Aquel día no recibieron la apetecida estrella sino el Libertador Bolívar, el General José Félix Rivas, el Coronel Rafael Urdaneta, el Coronel D'Elhuyart y el Teniente-Coronel ORTEGA. La ceremonia se hizo por la noche en la sala de la habitación de D. Fernando Párraga. Bolívar entregó la condecoración á ORTEGA por manos de la señorita doña

Mercedes, hija del dueño de casa, y á quien el Oficial granadino pretendía por esposa. En los primeros días de Noviembre, y en respuesta á las felicitaciones que el General le dirigió por su heroica conducta en el sitio de Puerto-Cabello, ORTEGA solicitó y obtuvo del Libertador el permiso para casarse. Nuestro Teniente-Coronel tenía entonces diez y siete años.

Monteverde, aprovechando la derrota sufrida por los patriotas en Barquisimeto, dejó á Puerto-Cabello y salió á ocupar los cerros de Vígirima. Rivas resolvió irle al encuentro, y el 23 de Noviembre principió con sus tropas á escalar aquellos altísimos peñascos, dominados por las fortificaciones del enemigo. Duró el combate todo el día, y aun no habían subido los patriotas sino los primeros estribos del cerro. Al amanecer del 24, llegó Bolívar al campo y asumió el mando de aquel verdadero asalto de titanes. A media sierra, el Coronel Villapol, Jefe de merecido renombre, se despeñó en uno de aquellos desfiladeros, y el ejército patriota vaciló por un instante. Bolívar llamó á ORTEGA, le encargó el mando del ala que acababa de perder su Jefe, y añadió:

—Si esta noche estamos vivos, escriba usted á su prometida que dentro de cuatro días, el 28 de Noviembre, estará usted en Valencia á recibir su mano.

Al terminar el día siguiente, tercero del combate, los independientes victoriosos estaban ocupando las alturas de Vígirima. El 28 por la noche, se celebró suntuosamente, en Valencia, el matrimonio del Teniente-Coronel ORTEGA, en presencia del Arzobispo de Caracas, y siendo padrino de las bodas el Libertador. A las dos de la madrugada, Bolívar hizo suspender el baile y ordenó á todos los Jefes y Oficiales que regresasen á sus cuarteles respectivos. ORTEGA se despidió de su esposa, y á esa misma hora emprendió marcha á Puerto-Cabello, donde

el deber militar lo llamaba. A los pocos días se dió la batalla de Araure, donde el batallón *sin nombre*, así apellidado en castigo de haberse dejado vencer en Barquisimeto, hizo tales prodigios de valor y de arrojo, que Bolívar le dió el título de *Vencedores de Araure*, y les dirigió este elogio honrosísimo:—“¡Soldados, ya sois dignos de batiros al lado de los granadinos!”

La batalla de La-Puerta, ganada por los españoles, puso á Boyes triunfante, en estado de marchar sobre Valencia, ocupada por una cortísima guarnición independiente. Ortega, que había ido á la ciudad con permiso de sus superiores, creyó que su deber era no abandonar á los defensores de la plaza, y aceptó el cargo de segundo Jefe, á órdenes del Coronel Escalona. Boyes se presentó con su ejército victorioso, compuesto de 3,000 hombres, é intimó rendición á los sitiados. Respondieronle negativamente, y el Jefe español dió la orden de ataque. Tan brioso fué el empuje de los sitiadores, que se apoderaron de las primeras fortificaciones. ORTEGA entonces se coloca á la cabeza de su columna, y la hace desfilar por las aceras de las calles, barridas por la metralla enemiga, mientras él mismo y su ayudante, marchan por el centro. Escalona ordena á ORTEGA que se retire, y lo amenaza con mandarle hacer fuego si avanza; pero el Jefe granadino nada escucha; llega á las trincheras, repite la carga á la bayoneta de Niquitao y de Bárbula, y rescata las posiciones, matándole 133 hombres al enemigo. El mismo recibió dos heridas de bala: una que le despedazó un brazo, y otra que le atravesó el pecho por encima del corazón, y fué conducido al cuartel en brazos de sus ayudantes.

Veintidós días duró aquel sitio, que no tiene muchos semejantes, ora se tenga en cuenta el heroísmo de los defensores, ora las penalidades sufridas por el hambre y

la sed; pues los sitiados no pudieron introducir antes del asedio ninguna provisión á la ciudad. El 9 de Julio de 1814, Escalona pasó revista á la guarnición, y resultó que constaba por todo de noventa hombres, medio muertos de hambre y de sed, y que por único parque tenían doscientos tiros de fusil y siete de cañón. Ese mismo día recibieron la noticia de que Caracas había sido ocupada por las tropas realistas, y que, por consiguiente, no debían los de Valencia esperar ningún auxilio de lo exterior. Escalona aceptó, pues, la capitulación que le ofreció Boves, y abrió á las tropas del Rey las puertas de la ciudad. El General español había jurado la víspera, por el Santísimo Sacramento, que perdonaría la vida á los defensores de la plaza; y apenas entró á ella, cuando hizo atar á todos los hombres espalda con espalda, y lancearlos sin misericordia. ORTEGA, preso en el cuartel, desde donde había oído los gritos de las víctimas, apenas sí podía levantarse de la cama, á que lo reducían sus heridas. Llevaba cuarenta y ocho horas de no pasar bocado, y ya no aguardaba sino la muerte, cuando, en la noche del 12 al 13 de Julio, vió que entraban á su cárcel su esposa y el Capitán español Yaguno. Este cubrió á ORTEGA con su capote militar, y salió con él, por entre la guardia, que no los detuvo en la puerta.

¿Qué significaba aquello? Que la esposa de ORTEGA, cuya edad, casi infantil, se aliaba con un temple de alma extraordinario, resolvió salvarlo á todo trance; y, valiéndose de la mortal enemistad que reinaba entre Boves y el Capitán general Cagigal, interesó, por su juventud y su desgracia, á este último, y consiguió la libertad del preso. Después de otras varias aventuras, que al figurar en una novela de Julio Verne pasarían por absolutamente inverosímiles, ORTEGA y su esposa pudieron al fin escapar de Valencia, y se refugiaron en

una choza, situada entre el monte, en el sitio de Patameno. Allí devoraron por muchos meses las amarguras de la miseria : D^a Mercedes, á quien Bolívar apellidaba heroína de Venezuela, era quien cultivaba el huertecito contiguo á la casa, quien hacía todos los oficios domésticos, y quien iba todas las semanas al pueblo más cercano á proveerse de algunos víveres y averiguar las noticias de la guerra, cada día más desfavorables á los patriotas. ORTEGA, inválido aún por sus heridas, entristecido profundamente por los reveses de los suyos, se animaba con el ejemplo de su incomparable esposa, y encontraba consuelo para sus dolores en los sentimientos religiosos hondísimamente grabados en su alma.

No perdió él jamás, como otros compañeros suyos, las creencias católicas que heredó de sus padres; ni dejó nunca que esas creencias quedasen sólo en la mente, sin reflejarse en las palabras y en los actos. En la época de mayores riesgos para él, hizo que un pintor venezolano le dibujase sobre una tablita una imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá, y durante toda la campaña la llevó siempre consigo, atribuyendo á la protección de la Virgen Santísima el haberse libertado de tantos y tan graves peligros. Aquella imagen se conserva con religiosa y filial veneración en poder de los hijos de ORTEGA.

La miserable calma de que disfrutaba en su retiro, iba á terminar. D. Pablo Morillo, el feroz y brutal *pacificador*, acababa de llegar á Venezuela con un ejército de 15,000 hombres; y, cerca de Valencia, supo que en las inmediaciones estaba oculto un oficial patriota. Envió á prender á ORTEGA, y lo hizo comparecer á su presencia. No sabemos por qué no lo fusiló: en cambio lo destinó para servir de recluta en la División mandada por el sanguinario Coronel D. Tomás Morales. Adivine el lector lo que padecería nuestro Teniente-Coronel en

quince meses que duró de soldado en el ejército enemigo, á las órdenes de un monstruo de aquellos que la humanidad engendra en su seno raras veces. “Este Morales, decía Boves, es un buen chico; sólo que es un poco sanguinario.”

La esposa de ORTEGA lo siguió en su marcha hasta que lo embarcaron en Puerto-Cabello, con rumbo á Cartagena. El recluta granadino estuvo en el sitio de la ciudad heroica; presenció los dolores y las proezas de los sitiados, y devoró amarguras sin número. Lo hicieron retornar á Venezuela, donde Morales le dió . . . el grado de Sargento! Cara le iba costando aquella honra al Teniente-Coronel del ejército de Bolívar; porque un día que desertó un soldado de la Compañía en que formaba ORTEGA, el Jefe español resolvió fusilar á este último. Ya estaba en el centro de un cuadro, en pechos de camisa y sentado sobre un tambor, á punto de recibir la descarga, cuando algunos oficiales que le habían cobrado cariño intercedieron por él con Morales.

Un Jefe español, López, fué quien facilitó á ORTEGA los medios de fugarse del ejército; y dos oficiales, peninsulares también, Aparicio y Rodríguez, le proporcionaron bagajes y algún dinero con qué regresase á Santafé, en compañía de su esposa. Nos complacemos en mencionar estos actos de generosidad ejecutados por militares realistas, cuya hidalga conducta contrastaba con la de muchos de sus Jefes.

El 18 de Julio de 1817, llegó el Teniente-Coronel ORTEGA con su heroica compañera, después de mes y medio de viaje, á la casa paterna. Si el lector conoce el modo de ser de las familias bogotanas, juzgue cómo sería recibido en casa de D. José el hijo que había partido niño y volvía cargado de gloria; y la joven venezolana, á quien ORTEGA debía muchas veces la vida, y que había dejado por él patria y hogar.

ORTEGA permaneció lo más oculto que pudo en Santafé hasta el 7 de Agosto de 1819. El triunfo de Boyacá puso fin á la dominación española en la Nueva Granada, y abrió á Bolívar las puertas de la capital, abandonada por todos los peninsulares. ORTEGA marchó por el camino del Norte, y en la hacienda de Fusca tuvo la alegría de encontrar al Libertador, con quien entró á Bogotá el día 10. Al siguiente, lo envió Bolívar con un piquete, compuesto de cuarenta prisioneros españoles, á perseguir al Comandante Castillo, que había seguido camino de Fusagasugá con 200 hombres. Aceptó ORTEGA comisión tan arriesgada y poco halagüeña, y emprendió camino con su tropa en la dirección indicada. Afortunadamente ya la fuerza de Castillo había sido dispersada por algunos vecinos del pueblo de Pandi, que se habían organizado á la ligera á órdenes del doctor Romualdo Liévano. Y con esto terminó la parte de la vida del General JOSÉ MARÍA ORTEGA, empleada en la guerra contra el poder español.

II

Para escribir la biografía de varios de los héroes de nuestra Independencia de un modo completamente honroso para ellos, y al mismo tiempo sin mengua de la verdad, es preciso narrar por menor los hechos de la guerra con los españoles, y dejar lo demás casi en blanco; porque desgraciadamente no supieron algunos de aquellos ilustres varones conservar sin mancha sus laureles. Lo contrario acontece al tratarse del General ORTEGA: la segunda parte de su historia, aunque menos rica en hazañas, es más llena y honrosa que la primera; y si tuvo algunos que lo superaron como militar, no tuvo muchos que lo igualasen como ciudadano y hombre público sin tacha.

A pesar de la conducta de ORTEGA en la campaña de Venezuela, y de las proezas que muy incompletamente dejamos referidas, es lo cierto que su principal mérito como militar consistía en el talento de organizador. Bolívar, que no lo ignoraba, destinó constantemente á ORTEGA, del triunfo de Boyacá en adelante, á la gobernación militar de las provincias donde era preciso levantar tropas, proveerse de recursos y establecer el servicio público de acuerdo con la nueva forma de Gobierno que el país acababa de darse. Gobernador militar de Tunja, en los años de 1820 y 1821, eliminó las Comandancias particulares, creando en su lugar la Comisaría general de guerra; consiguió organizar perfectamente 9,000 hombres, que envió al Libertador á la campaña de Venezuela; remitió con el mismo objeto 500,000 pesos en dinero, 1,200 cargas de víveres, 1,990 reses y 2,000 caballos; y dispuso la fundación de una fábrica de pólvora, con que proveyó abundantemente al ejército. En beneficio de la provincia, regularizó la administración de justicia; hizo repartir á los indígenas los resguardos que se les habían decretado desde tiempo de la Colonia, pero que no habían recibido todavía; fundó escuelas primarias en todos los distritos, y el día de dejar el mando, pudo informar á su sucesor que “en la Gobernación no quedaba ningún asunto pendiente.”

Y el mérito mayor de ORTEGA consistió en proporcionarse aquellos recursos, entonces tan considerables, sin oprimir á los pueblos, sin despojar á nadie por la fuerza, y granjeándose el cariño de todos los habitantes de la Provincia, cuyos electores lo designaron por unanimidad para que la representara en el Congreso de Cúcuta. ORTEGA renunció aquel cargo honrosísimo, por condescender con las súplicas que le dirigieron todos los Cabildos de la Provincia para que no dejase el man-

do; al mismo tiempo que el Gobierno le daba plena aprobación de su conducta, y le confería, en recompensa, el grado de Coronel efectivo.

En Diciembre de 1821 fué nombrado Comandante general de Santa-Marta; el 14 de Noviembre de 1822 para igual cargo en el Departamento de Cundinamarca; en Enero de 1823 se le envió otra vez á Tunja, donde era urgentísimo levantar tropas para rescatar á Maracaibo, y donde pudo formar en diez días una División de 2,300 hombres; en Julio de 1823 marchó á Popayán como Intendente general del Departamento del Cauca, y allí se captó en breve la confianza de todos los ciudadanos; puso la Provincia en estado de defensa contra las guerrillas españolas; creó, con sus acostumbrados medios de blandura y conciliación, abundantes rentas para el Gobierno; no puso en olvido el fomento de la instrucción pública primaria, é hizo refaccionar el local del Seminario, convertido hacía más de diez años en cuartel, para devolvérsele al señor Obispo, quien abrió los cursos escolares el 28 de Octubre, día de cumpleaños del Libertador. ORTEGA fué después Intendente general de Cundinamarca (1826); Comandante de armas de Tunja (1827), y Comandante general de Boyacá (1828). En el año de 1826 le comisionaron para redactar, en asocio de otros Jefes, la Ordenanza general del Ejército; en 1827 nombráronle Subjefe de Estado Mayor general; y el año de 1841 sirvió alternativamente los empleos de Gobernador de Pamplona y de Bogotá y el de Intendente general del Ejército; finalmente, fué el primero en regir el Colegio Militar establecido en 1847. Desde Octubre de 1827, el Poder Ejecutivo, previo el asentimiento del Senado, había dado á ORTEGA el grado de General; el propio día en que otorgó idéntica distinción á Vélez, á París y á Maza.

El General ORTEGA se sentó muchas veces en los diferentes Cuerpos legislativos de la República: en el Senado (1855), en la Cámara de Representantes (1826, 1847, 1854) y en las Asambleas Provinciales (1857, 1858, 1859). No tenía, es verdad, la instrucción que se adquiere en los libros, ni la elocuencia aprendida en las escuelas; pero poseía entendimiento clarísimo, sumo conocimiento de los hombres y los negocios, y aquel buen juicio práctico tan escaso en esta tierra pródiga de talentos. Hablaba con orden, claridad y sencillez, y tenía natural despejo y facilidad para expresarse. Defendió siempre con brío los principios del orden; amó la libertad cristiana y nunca quiso la anarquía ó la licencia; supo abogar en toda ocasión por los fueros de la Iglesia Católica, y nunca procuró sus propios intereses ó los de su partido con mengua del bien y prosperidad de la Patria.

Formó parte del Poder Ejecutivo, desempeñando el cargo de Consejero de Estado en 1828, y sirviendo la cartera de Guerra desde Abril de 1840, y las de Gobierno y Guerra el año de 1856. En la carrera diplomática mereció bien de la Patria por el modo como supo comportarse en la Legación del Ecuador (1842), en momentos delicadísimos para las relaciones entre las dos Repúblicas.

Uno de los rasgos dominantes del General ORTEGA fué lo levantado ó independiente de su carácter. Era Intendente de Cundinamarca en 1826, cuando principió á disolverse la gran Colombia, por la desobediencia de Venezuela, las actas de Valencia, la denegación de Páez á presentarse ante el Senado que lo llamaba á juicio, y por otras circunstancias que no es ocasión de referir. Creyeron muchos hombres del partido boliviano, particularmente en el Sur, que el único remedio para

impedir la desmembración de la República, era investir con el carácter de Dictador al gran Caudillo que la había creado. El después General Tomás Cipriano de Mosquera, Intendente á la sazón del Departamento de Guayaquil, reunió en esa ciudad una Junta política que proclamó la Dictadura de Bolívar. Escribió al mismo tiempo Mosquera á sus colegas de los demás Departamentos, y en especial al de Cundinamarca, excitándolos á que siguiesen el ejemplo que acababa de darles. El Libertador era para ORTEGA Jefe, amigo, bienhechor insigne; ambos profesaban idénticos principios políticos y servían á una misma causa; y sin embargo, el Intendente de Cundinamarca respondió sin vacilar á Mosquera con una rotunda negativa. Juzgaba ORTEGA que la Dictadura es un mal gravísimo para la República, porque envilece los caracteres, alfoja las voluntades de los gobernados y los desacostumbra á tomar parte en el Gobierno; y el día que desaparece el Dictador cae la Nación en una anarquía más deplorable y con menos esperanza de remedio que aquella que se pretendió destruir. Pudo ser que el Intendente de Bogotá no tuviera razón; pero, en todo caso, su conducta en aquella vez da pruebas de su incontrastable lealtad á lo que él juzgaba su deber. El día que Bolívar entró á Bogotá, ORTEGA le preparó suntuoso recibimiento y salió á encontrarlo hasta el pueblo de Fontibón. Allí le dirigió algunas palabras de bienvenida, corteses y aun afectuosas, pero que encerraban formal protesta contra el proyecto de Dictadura. “La respuesta del Libertador, dice el General ORTEGA en sus Memorias confidenciales, fué dura y penosa.” Aquel incidente, apresurémonos á decirlo, no fué parte á que se entibiasen las cordiales relaciones entre el insigne Caudillo y su predilecto amigo y subalterno; éste continuó mirando á Bolívar con el mismo aprecio, gra-

titud y cariño; y el Libertador, pasada aquella repentina impresión, no menguó en nada su afecto al General ORTEGA.

El 25 de Septiembre de 1828, al oír á media noche disparos de fusilería en distintas direcciones de la ciudad. ORTEGA, que á la sazón no tenía empleo alguno, se levantó, se ciñó la espada, y en compañía de su hermano político el General Vélez, corrió á la plaza principal donde acababan de reunirse los Generales Urdaneta, Secretario de Guerra; París, Comandante general; Herrán, Intendente general, y algunos otros militares honrados y leales. ORTEGA prestó aquella ocasión valiosos servicios; encabezó varias partidas del Batallón *Vargas*, que estaba luchando por todas partes con el de *Artillería*; corrió, al saber que la vida del General Santander peligraba, á poner preso á aquel Jefe, á quien quería mucho personalmente, y lo condujo de brazo hasta la prisión, sin llevar consigo escolta de ninguna clase; marchó luego con el General Herrán, á la cabeza de una partida del *Vargas*, á buscar al Libertador, que había escapado del hierro de los conspiradores; pero cuyo paradero se ignoraba. Al pasar por el puente del Carmen, los soldados gritaron:—“¡Viva el Libertador!”—“¿Quién va?” preguntó una voz que salía de debajo del puente.—“Herrán y ORTEGA,” respondieron gozosamente de arriba: y un momento después estuvo el Libertador entre los brazos de los dos Generales, que lo condujeron vitorreándolo á palacio. Formó después ORTEGA parte del Consejo de Guerra que juzgó á los conspiradores. El crimen del 25 de Septiembre fué el precursor inmediato de la muerte del Libertador y de la disolución de la gran República. Bolívar, como todos los hombres verdaderamente grandes, terminó su gloriosa carrera con el infortunio: traicionado por algunos de los suyos; amargado

por la ingratitud del pueblo á quien había dado libertad; envejecido antes de tiempo por los pesares, fué á buscar un refugio donde morir en casa de un caballero español. Allí, consolado únicamente de sus dolores por los auxilios de la Religión Católica, en que siempre había creído, pasó á vida mejor, con amargas dudas acerca de su propia obra, y con el temor de *haber arado en el mar*, al procurar la independencia de América.

ORTEGA lloró aquella pérdida como era debido: había algún tiempo que se había retirado al campo lejos del bullicio de la política, y preocupado únicamente de la educación de sus hijos. Dos años después renunció su grado de General, y la pensión á que la ley le concedía derecho.

Modesto como muy pocos, no se vanagloriaba, hablando de su carrera militar, sino de dos cosas: de no haber tomado parte en ninguna revolución contra los poderes establecidos, y de no haberle tampoco servido á ninguno de los gobiernos nacidos de los triunfos de la fuerza. Amigo desde la infancia y copartidario decidido de Urdaneta, no quiso figurar en lo más mínimo en la administración surgida de la batalla del Santuario. En el Congreso de 1849, cuando hubo tantos peligros para los diputados reunidos en la iglesia de Santo Domingo; cuando varios de ellos sufragaron de un modo opuesto á sus convicciones, ORTEGA firmó la papeleta en que dió su voto al doctor Rufino Cuervo para Presidente de la República.

De la conducta de ORTEGA el año de 1854 da fe, mejor que pudiéramos hacerlo nosotros, la magistral relación escrita por el señor D. Pedro Fernández Madrid, y que los lectores verán á continuación de este bosquejo: sólo añadiremos que el viejo veterano de la guerra de Venezuela, reinscrito en la lista militar, con su gra-

do de General, desde 1817, combatió en la memorable batalla del Puente de Bosa, como simple soldado del batallón *Salamina*, compuesto de antioqueños y mandado por el Coronel D. Braulio Henao. Los jefes y oficiales del batallón, orgullosos de haber tenido en sus filas al defensor de Valencia, al Comandante de la División Villapol, al segundo de D'Elluyart, al vencedor de Niquitao y Vigirima, hicieron grabar, después del triunfo, una hermosa medalla de oro, con una inscripción en homenaje "al impávido soldado-General JOSÉ MARÍA ORTEGA."

En el combate de Tres-Esquinas y en la toma de Bogotá, ORTEGA fué Jefe de Estado Mayor General del Ejército unido, á órdenes del General Herrán. Entre los dos ilustres jefes había reinado siempre la más íntima é invariable amistad; y así fué grandísima satisfacción para entrambos hallarse juntos una vez más trabajando por defender la Patria. Aquellos combates, coronados por el triunfo más completo, fueron la última campaña formal del General ORTEGA.

De la fisonomía de nuestro héroe nos dispensa de hablar el grabado que han visto los lectores en la primera página de esta biografía; y por lo que concierne á su carácter y costumbres, nada podríamos añadir al retrato, más fiel que una fotografía, trazado, con su acostumbrada y casi insuperable habilidad, por el señor Madrid. Diremos solamente una palabra sobre la fidelidad del General ORTEGA en el cumplimiento de sus deberes religiosos. Levantábase siempre, cuando menos, hora y media antes de amanecer; rezaba las oraciones de la mañana, y leía la vida del santo en el *Año Cristiano*; salía á oír la primer misa que se dijese en la iglesia cercana; y á la hora en que los demás se estaban preparando á principiar las ocupaciones, él ya estaba listo

para emprender todos los quehaceres, con su acostumbrada actividad. Por las noches reunía siempre á su familia, encabezaba la tradicional recitación del rosario; y, cuando estaba en el campo, enseñaba después, por sí mismo, la doctrina cristiana á los arrendatarios y labradores; terminando la instrucción con el canto del *Santo Dios*, tan tierno y hermosamente melancólico.

El año de 1860, ORTEGA, aunque ya con principios de la enfermedad que le dió muerte, desempeñó algunas comisiones militares que le confió el Gobierno del señor Ospina; pero el 23 de Noviembre quedó reducido á la cama. Pidió él mismo los últimos sacramentos de la Iglesia, que recibió con su acostumbrado fervor; llamó á su lado al General Herrán, para verle por última vez, y recomendarle que en su nombre se despidiera del Ejército; y rodeado de su esposa (*) y de sus hijos, estrechando sobre sus labios la imagen de Jesús crucificado, expiró el 5 de Diciembre, á las diez menos cuarto de la mañana.

Hiciéronsele los honores que en aquellos casos se tributan á los hombres del mérito de ORTEGA; y los más fructuosos que la Iglesia rinde á sus hijos fieles después de la partida; y un grupo de amigos y compañeros de armas condujo el cadáver al cementerio, donde se colocó sobre su tumba una modesta lápida con una sencilla inscripción.

Después del triunfo del General Mosquera en 1861, hubo quienes fueran á romper la piedra que sellaba el sepulcro del General ORTEGA. D. Ricardo Carrasquilla escribió, con lápiz, sobre la cal, en el lugar antes ocupado por la losa mortuoria, estos cuatro versos:

(1) ORTEGA se casó en segundas nupcias, en 1828, con la señora D.^a Teresa Caycedo y Santamaría, en quien los primeros hijos del General encontraron nueva y cariñosísima madre.

“ Borró la torpe envidia
La inscripción consagrada á tu memoria ;
¡ Borre también, si puede,
Las páginas brillantes de tu historia !”

Rafael Abaia Canacquila.

Presbítero.

AL SEÑOR

D. JOSÉ MARÍA QUIJANO OTERO.

MEMORANDUM CONFIDENCIAL.

Hablé por primera vez con el General ORTEGA á fines de 1853, en los certámenes públicos del Instituto de Cristo. Al levantarse el acto final, el General se me acercó, y tomándome del brazo con aquel aire de familiaridad y agasajo que le era peculiar, se puso á pasear conmigo por el patio del Colegio, hablándome largamente de las complicaciones políticas de la época y de las dificultades que podrían presentársenos en el Congreso de 1854, á que ambos debíamos concurrir, él como Representante y yo como Senador.

Disuelto el Congreso por el motín del 17 de Abril, no volví á ver al General hasta mediados de Junio, en que tuvo la bondad de presentarse en casa, para comunicarme la orden-circular del General Herrera, como encargado del Poder Ejecutivo, convocando á los miembros de las Cámaras legislativas á reunirse en Ibagué el 20 de Julio siguiente, y otras llamando á las filas del Ejército constitucional á todos los Jefes y Oficiales de la Nación. Después de haber leído estas piezas, el General me preguntó:—“¿ Qué le parece á usted ? ”—“ Que debemos irnos, le contesté.” Él me manifestó que era del mismo parecer, y que el General Vélez estaba dispuesto á acompañarnos. En consecuencia, convinimos en invi-

tar sigilosamente á nuestros amigos compañeros de diputación ; mas como éstos tuviesen inconvenientes para emprender la marcha inmediatamente, resolvimos anticiparnos á verificarla, señalando como punto de reunión la casa de campo del doctor Jorge Vargas, próxima á Puente-Aranda. Allí debía aguardarnos, al anochecer del 26 de Junio, el General ORTEGA ; y allí debíamos juntarnos, con él, el General Vélez y yo, saliendo con tal fin de Chapinero á la misma hora.

Por la vida sedentaria que yo llevé siempre en Bogotá no conocía el tal puente ; y como el General Vélez estaba quebrantado por sus males, y desvanecido por el sereno y el movimiento del caballo, ambos quedamos desconcertados, cuando, al pasar el puente, en vez de encontrar una casa de campo, y en ella al General ORTEGA, nos vimos en el sucio corredor de una venta, y en presencia de un destacamento melista. Interrogados por el oficial, dijimos que íbamos al cuartel general de Melo, situado á la sazón en Facatativá, y que pernoctaríamos en Fontibón ; y, efectivamente, seguimos camino en aquella dirección, aunque ya sin saber qué partido tomar. Afortunadamente pudimos orientarnos en una choza á orillas del camellón ; y, sabedores de que la casa que buscábamos estaba en el potrero de la venta que dejábamos atrás, retrocedimos, aunque era forzoso volver á pasar por el destacamento. El oficial, que parecía ser miembro de la Sociedad Democrática, extrañó nuestra reaparición, ojeó ceñudo la espada y rifle del General, y alumbrándome el rostro con una vela, que en la mano tenía:—“ ¿ Quién es éste ? ” preguntó.—“ Pedro Fernández,” le respondí.—“ Sí,” murmuró él con señales de creciente mal humor: “ El señor Madrid.”

En ese momento sonaron gritos de riña entre la soldadesca, y esto distrajo la atención del oficial. Aprovechá-

donos de la oportunidad, penetrámos en el potrero por uno de los corrales laterales de la venta, y la presión de una mano amiga que abarcaba la mía, nos sirvió de conductor. La casa solicitada distaba pocos pasos del camino; y luégo que llegamos al patio de ella, el General ORTEGA, que había sido nuestro guía en el corto trayecto, y que, á la sombra de la venta, había escuchado nuestros dos diálogos con el oficial, nos convidó á apearnos y participar de una ollita de ajiaco que había mandado preparar, y que, según decía, estaría listo y exquisito dentro de media hora á más tardar. El General Vélez aceptó de buena voluntad, y acto continuo se desmontó; pero yo, que había sido reconocido, me resistí.—“No tenga miedo,” me dijeron los Generales.—“De lo que tengo miedo, les contesté, es del ridículo de regresar presos á Bogotá, casi sin haber salido de sus arrabales.” El General ORTEGA porfiaba ponderando lo sabroso que estaría el ajiaco; pero viendo que yo contratava un baquiano entre los peones que allí había, y que me disponía á partir, hizo traer la olla; y sorbiendo, literalmente con el pie en el estribo, unas cucharadas del caldo, montó con su compañero, y juntos los tres tomámos otra vez el camino, á pesar de los amagos que para detenernos hicieron los soldados del destacamento. Torciendo luégo á la izquierda, y atravesando los potreros de Chamicera hasta el puente de Bosa, seguimos por Soacha á Cincha, hacienda de D. Luis Umaña. Allí descansámos unas pocas horas, y, á cortas jornadas, por el estado delicado en que se hallaba el General Vélez, llegámos á Guataquí en la noche del 30 de Junio, sin que yo volviera á insubordinarme en el resto de la peregrinación.

En Guataquí fuimos acogidos con mucha hospitalidad en casa de un señor Criales. Allí supimos que, á la madrugada del día siguiente, bajaría para Honda un in-

dividuo con quien podríamos escribir dando parte de nuestra llegada á los miembros del Gobierno, que se habfan trasladado á aquella ciudad con ánimo de seguir á la de Ocaña, abandonando ya la idea de reunir el Congreso en Ibagué. El General ORTEGA, con su genial prontitud, pidió inmediatamente pluma y papel y extendió su comunicación; otro tanto hicimos el General Vélez y yo; y después supimos que el recibo de este aviso hizo variar totalmente las determinaciones de los miembros del Gobierno, que ya habfan tomado pasaje para Ocaña en uno de los vapores del Magdalena. De las trascendentes consecuencias de este paso, debido principalmente al General ORTEGA, por la oportunidad con que salimos de Bogotá y despachamos el aviso de nuestra llegada á Guataquí, podrá juzgarse en vista de un artículo publicado por el señor Pastor Ospina en uno de los primeros números de *El Porvenir*, relatando la parte que él tuvo en que no se abandonase la orilla izquierda del Magdalena.

En el caserío de dicha orilla, fronterizo á Guataquí, estaba el Coronel Arenas con unos diez y siete andrajosos que figuraban, en las *chispas* de la capital, como una gran división. Él nos informó que las demás fuerzas constitucionales se reducían á treinta ó cuarenta reclutas que el Gobernador Viana tenía en Ambalema, doscientos que comandaba el señor Arboleda en Honda, y otros tantos milicianos de Silvia, excelentes soldados, pero acérrimos obandistas, que estaban acuartelados en Piedras, bajo el mando nominal del *Mocho Vargas*; preguntado el Coronel Arenas si no temía que Melo enviase una partida de húsares á sorprenderlo, nos manifestó que el único cuidado que tenía, por ciertos papeliños que había interceptado á los oficiales de Piedras, que estaban ansiosos por establecer correspondencia con Obando, era el de ser aprehendido por esa gente.

Tal se nos presentaba la situación política, cuando en la tarde del 30 de Junio, después de haber pasado por la mañana el río, seguimos lentamente para dicho pueblo.

En el curso de esa marcha vespertina, se nos adelantaron varios viandantes; con todos ellos trababa el General ORTEGA conversación, y transmitía reiteradas instancias al señor Rudesindo Galvis, para que no se afanase, advirtiéndole que llegaríamos á eso de las siete, y que una ligera colación nos bastaría. A las seis salió á nuestro encuentro un oficial de la confianza del *Mochó*, despachado por él para notificar á los Generales la embarazosa situación en que se hallaba, y la conveniencia de sostener que la prisión de Obando no era ficticia, agregando que no venía él mismo á saludarnos, por no separarse de su tropa, ni despertar en ella sospechas. Al llegar á Piedras comprendí, por el porte del señor Galvis, á quien yo veía por primera vez con extrañeza y curiosidad, que sus relaciones con mis compañeros no eran estrechas. La casa, sin embargo, estaba iluminada hasta en los corredores exteriores; se había tendido una mesa cubierta de viandas, frutas, dulces y vinos varios, bajo un hermoso euparrado; y hallámos apositos dispuestos para nuestro descanso y holgura.

El General ORTEGA merecía, en verdad, el nombre de “Don Cómodo,” que le daban sus sobrinos los señores Caycedos: no pecaba por corto, ni reparaba en pelillos para utilizar, mejorar ó aliviar la situación en que se encontrase, cualquiera que fuese. Además, gustaba de los buenos bocados, y por cierta enfermedad orgánica, que al fin minó su constitución y lo llevó al sepulcro, tenía imperiosa necesidad de alimentarse á cortos intervalos. Pero no era goloso, ni mucho menos lo que se llama glotón, como pudiera colegirse de estos apuntes;

por el contrario, era parco, no probaba licor, y dejaba pronto la mesa.

Conocidas estas teudencias del General, su llaneza y buen natural, y su afición á lo comfortable, está por demás decir que permanecemos un par de días en Piedras, procurando él (y creo que también su colega, aunque éste con menos empeño), congraciarse con los oficiales popayancojos: y estudiando yo asiduamente á nuestro original anfitrión, que me interesó en extremo, así por sus excéntricas ideas y peregrina manera de expresarlas, como por su figura singularmente grotesca y venerable.

Desflorada apenas la hospitalidad que el señor Galvis nos dispensaba con grave continente é inequívoca buena voluntad, proseguimos nuestro derrotero, y llegamos en los primeros días de Julio á Ibagué, donde no había á la sazón ningún forastero. Las gentes, aunque buenas en el fondo, nos miraban con displicencia, por ser en lo general adictas á la revolución; y todavía, al retirarnos, después de varios meses de mansión en aquel distrito, no dejámos en él más amigos que el *Chipalo* y el *Combeima*. Digo ésto por lo que hace al General Vélez y á mí; en cuanto al General ORTEGA, es otra cosa. Trabajo le costó amansar á los moradores, adustos por ese espíritu de partido que con razón se ha llamado la locura de muchos para provecho de pocos; pero lo consiguió en tal grado, que á poco tiempo ya le faltaba á éste tiempo para asistir á los paseos y tertulias á que era invitado, y llovían sobre él regalos de flores, frutas y dulces. Había salido de Bogotá solamente con doce reales entre su amplia bolsa de seda roja, que desataba y volvía á enlazar, con el desenfado de un millonario, cada vez que se trataba de hacer algún gasto, y que, sin embargo, llegó al término de la excursión sin otro menoscabo que el de algunas limosnas dadas en el camino, pues sus compa-

ñeros no estaban tan desprovistos como él. En cuanto á equipaje, ninguno de nosotros disponía más que de una muda, fuera de lo encapillado. Cuando meses después se reunió el Congreso, pocos diputados pudieron presentarse sin ruana, y varios se excusaron de llevar mensajes al Ejecutivo, por carecer de calzado sano ó pantalones presentables. En cambio, todos tenían corazón patriota y exclusivamente granadino; no había banda derecha ni banda izquierda, y todas nuestras odiosas diferencias de partido parecieron extinguirse. Liborio Escallón autorizaba, como Secretario, las órdenes del General López, y Francisco Eustaquio Alvarez transmitía las del General París, como su edecán. Ay! El 17 de Abril, que produjo esa reconciliación, aunque fuese fugaz, no debiera apellidarse infausto en nuestros anales. . . .

Pero volvamos al equipaje de que íbamos hablando. A los dos ó tres días de haber llegado nosotros á Ibagué, se presentó allí el Gobernador Viana, y obtuvo el General ORTEGA un suplemento á cuenta de su pensión militar. No sé de dónde desenterró un sastre, y pronto estuvo provisto de ropa interior, bayetón azul de forro naranjado, dos ó tres pares de calzones, levitas cortas de multiplicados bolsillos, y, finalmente, una maleterita de lienzo del país, que se abría y cerraba con suma facilidad y perfecto ajuste, en la cual lograba que le cupiese cuanto poseía, dejándola, sin embargo, reducida á un volumen de incomprensible pequeñez. Su natural despejo y maña para todos los negocios prácticos de la vida, le constituyeron desde luégo árbitro supremo de nuestro provisional hogar y de cuanto nos era común. Por la mañana, sus joviales acentos nos servían de diana para dejar el lecho, es decir, el General Vélez su hamaca, y yo la dura mesita en que había pasado la noche: saltaba

alegremente de la cuja que las caseras le habían proporcionado, se vestía en un tris, doblaba con tanta velocidad como simetría sus cobijas, almohada y pellón, y, liándolo todo con presteza y primor, lo ligaba en una especie de tarabita, que le hacía también veces de guardaro-ropa, pues de ella pendía la maleta consabida. Cruzaba unas pocas palabras con nosotros, y comunicando de paso sus instrucciones á la cocinera, salía á conversar con todos los vecinos y á dar sus vueltas, dejándonos todavía á medio levantar. Pasaba el resto de la mañana en nisa y en el baño, amenizaba nuestro almuerzo con chistes y cuentecitos, pues casi nunca le faltaba buen humor; en seguida se afeitaba, y después de lavarse, peinarse y arreglarse brevemente la corbata al espejo, nos pedía nuestros útiles de escribir, extendía alguna carta lacónica y volvía añicos la que acababa de contestar, pues, según decía, jamás había gustado de cargar archivo. Luego salía á buscar distracción; por la tarde se paseaba ó se entretenía enseñando un simulacro de ejercicio militar á los diputados y jóvenes emigrados de la capital, que comenzaban á llegar, y la noche la pasaba en alguna tertulia, ó en la mesa de tresillo de los miembros del Gobierno, cuando ya éstos estuvieron en Ibagué.

Siempre regresaba á casa á eso de las diez: si estábamos ya acostados, descolgaba y tendía silenciosamente su cama en un abrir y cerrar de ojos: si, por el contrario, estábamos todavía en pie, nos comunicaba las noticias que acababa de saber, me pedía que leyera el editorial que yo solía escribir para el *Boletín Oficial*, ó me acompañaba á escuchar la conclusión de alguna de las marciales narraciones con que me favorecía el General Vélez.

ORTEGA las complementaba haciendo el honor debido á su hermano y antiguo camarada, en lo cual parecía

hallar particular satisfacción, bien que de sus propias bazañas nunca decía una palabra; y esto no por estudio, sino porque no parecía tener conciencia de su mérito, y porque aunque estaba lejos, muy lejos de ser tímido ó vergonzoso, era, en realidad, tan modesto, que ni sospechaba serlo.

Una de las cosas para mí más recomendables en el General ORTEGA, era su falta de hiel. A pesar de haber tenido detractores, jamás le oí una murmuración, y á pesar de ser muy jocoso, tenía lo que se llama buena lengua; nunca se le escapaba una voz picante, y menos aún palabra alguna que pudiese empañar la honra ajena. No era aficionado á las letras, ni estaba dotado de chispa poética; tal vez jamás había leído cosa alguna, excepto las Ordenanzas de Ejército ó la *Gaceta Oficial*; pero había ojeado frecuentemente el libro de la experiencia, y como tenía gran penetración y buen sentido, había aprendido mucho en él. Por lo demás, aunque careciese de erudición y no tuviese una imaginación muy susceptible, nada de esto se echaba de menos en su trato, que era culto y cortés, y particularmente agradable por su aire franco y cordial, y por el dón de gentes que le era natural. No sé lo que sería en su juventud; pero presumo que si se coleccionara su correspondencia militar, rara vez ó nunca se encontraría en ella la palabra gloria, que era para él verdaderamente humo fugaz, aunque muy sensible á las nociones del patriotismo y del deber. Tampoco estoy bien enterado de sus servicios en la que hemos denominado nuestra guerra magna; pero es evidente que no hizo en balde sus campañas, pues poseía un criterio militar muy distinguido, y había adquirido en ella esa prudente temeridad que fué el alma de nuestras grandes victorias.

Cuanto sabía hacer, lo sabía hacer aprisa; y así, á

cada nueva complicación, á cada faz inopinada que ofrecían los acontecimientos, cuando otros veteranos estaban perplejos y desorientados, él tenía siempre listo algún plan claro, plausible y atrevido. Un momento después de haberlo expuesto, sin cuidarse de que ese plan fuera aceptado ó no, y olvidándose, al parecer, de las importantes indicaciones que acababa de hacer, hubiera podido vérselo, aguja en mano, pegando algún botón, ó comprando medio real de naranjas en la puerta de nuestra habitación.

Estas son bagatelas, frivolidades, se dirá. Así es; pero del mismo modo que la paja, por leve que sea su peso, suele indicar la dirección del viento, estas fútiles reminiscencias de nuestro buen General pueden suministrar, siquiera sea por concomitancia, algún ligero tinte; algún matiz adicional á la rica paleta de su hábil pintor. Caro definió á ORTEGA años antes, dando á entender festivamente que había dos seres en él: unas veces Napoleón y otras el General Pey. Para mí tengo que era un hombre honrado y valeroso, de alma diáfana, sin pliegues ni doblez; filósofo práctico y hombre de mundo á la vez, siempre igual y sin pizca de pretensión; afectuosísimo con su familia, afable en sociedad, inofensivo, sencillo y natural sobre toda ponderación.

Debelar á la facción, acusar y suspender al Presidente Obando, eran las más urgentes necesidades de la época; y así para lo uno como para lo otro importaba la pronta reunión del Congreso. Aproximábase el día señalado para ella, y estaban en Ibagué y sus inmediaciones varios Senadores y Representantes, aunque no en el número preciso. En tales circunstancias, lo único que podía hacerse era excitar solemnemente á los ausentes á que concurriesen con la mayor brevedad que fuese posible. Así lo comprendió, antes que nadie, el General

ORTEGA, y con tal fin redactó una mañana, en una cuartilla de papel, la ligera minuta que, desarrollada luego por mí en forma definitiva, fué suscrita por todos los diputados presentes en Ibagué el 20 de Julio. Este memorable documento, con las sucesivas adhesiones de los miembros del Congreso que fueron llegando después, contribuyó poderosamente, no sólo á la apetecida reunión de la Representación nacional, que al fin tuvo efecto en Septiembre, sino á que se vigorizase entre tanto el espíritu público y cobrasen ánimo en todas partes los amigos de la causa constitucional.

Reunido el Congreso, y *abotonado* Obando, como decían sus parciales, por haberse hecho la votación con botones blancos y negros á falta de bolas, se expidieron algunos decretos para crear recursos extraordinarios, y se pusieron las Cámaras en receso, contrayéndose la atención de todos, como actores ó expectadores, á las operaciones militares. Estas habían principiado por la toma de La-Mesa, aconsejada muy de antemano por ORTEGA y efectuada ahora por Arboleda, que habiendo obrado de motu propio, arrastró consigo, quieras que no quieras, al Ejército del Sur, aumentado ya en su base, y reforzado por numerosos auxiliares. Descendiendo luego éste á la Sabana, y dándose la mano con el del Norte, el Vicepresidente Obaldía, como encargado del Poder Ejecutivo, nombró al General Herrán Comandante en Jefe de los Ejércitos unidos, quien, á su turno, designó á ORTEGA para Jefe de Estado Mayor general de todas las fuerzas. Con tal carácter entró triunfante en Bogotá el 4 de Diciembre de 1854.

Esta es ya materia de historia más bien que de recuerdos privados. ORTEGA tuvo en la campaña por compañeros inmediatos á dos de sus hijos, y no hicimos el viaje de regreso juntos, porque tuve que permanecer en

Ibaqué unos días para autorizar varios documentos de instante urgencia que se estaban poniendo en limpio : de suerte que aunque lo vi en la Sabana varias veces, antes de entrar á la ciudad, no tuve ya las mismas oportunidades de observarlo, por ser distintos nuestro hospedaje y comensales. Volvimos á tratarnos de cerca en un paseo que hicimos por el valle de Tenza en 1855, y los años siguientes nos vimos con frecuencia en Bogotá; pero como lo que pudiera referir no diferiría esencialmente de lo que llevo indicado en esta relación, es llegado el caso de ponerle fin.

Serrezuela, 20 de Julio de 1868.

Pedro Fernández Madrid.

LOS SOLDADOS DE COLOMBIA.

Á MI HIJO RAFAEL.

Si el cielo me hubiera dado
De coral risueña boca,
Con dos hileras de perlas
Iguales y primorosas,
Y bozo poblado y negro,
Y sonrisa encantadora,
Sin vacilar trocaría
Gustoso esas gracias todas
Por los nevados bigotes
De un soldado de Colombia.

El valor, y la hermosura,
Y la riqueza, y las honras,
Y la ciencia, y el talento,
Y de las letras la gloria,
Y, en fin, todas esas gracias
Que á nuestros jóvenes ornau,
Mucho menos estimables
Son para nuestras hermosas
Que los nevados bigotes
De un soldado de Colombia.

Es bellísima, hijo mío,
Tu sonrisa candorosa,
Bellos son tus negros ojos,
Bella tu rosada boca,

Bellos los menudos dientes
Que apenas en ella asoman ;
Pero todas esas gracias
Son menos encantadoras
Que los nevados bigotes
De un soldado de Colombia.

En los brazos de tu abuelo
Alegremente retozas,
Y con tu tez fresca y pura
Contrasta su tez rugosa ;
Y sin respeto le tiras
Los bigotes, porque ignoras
Que son noble monumento
De nuestras mejores glorias ;
Que son los blancos bigotes
De un soldado de Colombia.

También tu abuelo paterno,
Cuyas cenizas reposan,
Sin una inscripción siquiera,
Del mar Caribe en las costas,
Supo luchar denodado
Con las huestes españolas ;
También adornaba él
Su faz morena y rugosa
Con los nevados bigotes
Del soldado de Colombia.

Vélez, mi mejor amigo,
A quien ya la edad agobia,
Y que vive solamente
Del recuerdo de sus glorias,
También fué terror un tiempo

De las huestes españolas ;
Y también su noble faz,
Su faz moribunda adorna
Con los nevados bigotes
Del soldado de Colombia.

Cuando la razón despierte
En tu frente candorosa,
Tal vez ya me habrán envuelto
De la eternidad las sombras ;
Y por eso, dulce hijo,
Te suplico desde ahora
Que descubras tu cabeza,
Y la inclines respetuosa
Ante los blancos bigotes
Del soldado de Colombia.

Y que beses reverente,
Si la muerte no lo estorba,
Las cicatrices que el pecho
De tu noble abuelo adornan ;
Y que si de mi buen padre
Las cenizas hallar logras,
Cuidadoso las encierres
Bajo una modesta losa
Donde se lea : **AQUÍ YACE**
UN SOLDADO DE COLOMBIA.

Ricardo Carrasquilla